LA PANDILLA DE LA SELVA

Liliana Cinetto
ILUSTRACIONES DE **Martín Morón**



Planetalector

LA PANDILLA DE LA SELVA

Liliana Cinetto
Ilustraciones de **Martín Morón**

Planetalector

LOS ANTEOJOS DEL RINOCERONTE

El rinoceronte se la pasaba ¡GRRRR! todo el tiempo de mal humor. Desde que abría los ojazos hasta que se dormía no hacía más que gruñir y renegar y protestar. Nadie sabía por qué siempre estaba enojado, chinchudo, mostrando los dientes y dando topetazos con su afilado cuerno. Ni las charlas del loro lo tranquilizaban. Ni el baile del rinoceronte lograba que se le pasara la rabia. Ni el ratito en que le hacía compañía a la jirafa lo hacía sonreír.

Fue el elefante que tiene muchísima memoria el que recordó que cada vez que el rinoceronte iba corriendo a la pradera a darse una panzada de tréboles... ¡ZÁCATE! se estampaba contra un árbol. Y que cuando iba hasta el lago a tomar un poco de agüita fresca... ¡PATAPUM! chocaba contra el león que venía de contramano. Y que cuando iba a dormir una siestita

a la sombra... ¡PAF! se enredaba con una liana. Lo que ocurría era que el rinoceronte no veía. Nada veía. Porque era más corto de vista... menos mal que el búho se dio cuenta y le regaló un par de anteojos preciosos con los que ve perfecto. O casi. Porque a veces no se da cuenta del collar de flores que le cuelga en el cuerno el travieso del mono.



EL BAILE DEL HIPOPÓTAMO

Ocurrió aquel día en que el loro, de puro aburrido porque no tenía con quién hablar, se puso a cantar una cumbia en lo alto de una palmera. El hipopótamo andaba muy cerquita, dándose un baño en el lago, y escuchó la música. Tan linda era la música, tan alegre y pegadiza, que el hipopótamo tuvo ganas de bailar. Y ahí nomás movió la cadera primero para acá y después la movió para allá siguiendo el ritmo. Al rato, agregó un giro a la derecha, otro a la izquierda, un mambo, un pasito de chachachá... Y al final bailoteaba como loco con una coreografía que él mismo se acababa de inventar.

Al principio todos lo miraron con cara de ¿YAESTEQUÉBICHOLEPICÓ? Porque NUNCA en la selva habían visto a un hipopótamo danzarín. Pero lo hacía tan bien, con tanta agilidad, con tanta gracia... Cuando terminó la cumbia, varios lo aplaudieron

y gritaron “Otra, otra...”. Así que el loro continuó cantando hasta el anochecer. Pero el hipopótamo no fue el único: varios decidieron imitarlo y comenzaron a bailar. Y allí estaban baila que te baila el mono, el elefante, el cocodrilo, la gacela, la cebra, el león... Incluso la jirafa que es medio timidona se animó a dar UN, DOS, TRES... unos pasitos de baile detrás del ballet que encabezaba el hipopótamo.

Desde entonces, el hipopótamo le pide PORFIPORFI al loro que le cante. Puede ser un merengue, una salsa, un tango... Lo que sea. Pero que cante algo para que él pueda bailar.

